

Los Balcanes: la ceguera de Occidente

por **D. Hermann Tertsch**

*Conferencia pronunciada
el 4 de noviembre de 1993*

Forum Deusto

Los Balcanes: la ceguera de Occidente

por D. Hermann Tertsch*

Cuando tuve el honor de ser invitado a hablar ante esta distinguida audiencia se me dio libertad para decidir el ángulo desde el que prefiriera tratar esta inmensa tragedia humanitaria, política, militar y cultural que, tan adictos al eufemismo, seguimos llamando la «crisis yugoslava». Opté por obviar el drama humanitario, la muerte de centenares de miles, los sufrimientos de millones de individuos, la desaparición física de poblaciones enteras, que ha sido tratado ya con profusión por todos los medios de comunicación, aquí y en todo el mundo.

Es evidente el cansancio que ha asaltado a las sociedades occidentales ante la matanza cotidiana, la destrucción reiterada. Pasado el estupor inicial de imágenes llenas de salvaje novedad, los europeos de la mitad afortunada del continente han comprobado que, en televisión, los bombardeos de ciudades no se diferencian mucho el uno del otro y que, contada la amputación de piernas y brazos a una niña en Sarajevo,

* Hermann Tertsch del Valle-Lersundi nació en Madrid en 1958. Cursa estudios de Periodismo y Sociología que interrumpe para entrar en 1978 en la empresa periodística familiar que publicaba entonces el semanario *Spanish Economic News Service* (SENS). En 1981 se instala en Viena donde comienza a trabajar para la Agencia EFE en la cobertura informativa de Europa central y oriental. A partir de 1983 comienza a publicar en el diario *El País*, que en 1985 le nombra corresponsal en Bonn y Varsovia. En 1990 recibe el premio Cirilo Rodríguez de Periodismo por su cobertura informativa sobre las revoluciones en el este europeo. Desde 1989 es corresponsal para Europa Oriental de *El País*. En 1992 el Club Internacional de Prensa de Madrid le otorga el premio a la mejor labor española en el extranjero por su cobertura de los acontecimientos en Europa Oriental y en especial Yugoslavia. En junio de 1993 la editorial El País Aguilar publica su libro *La venganza de la Historia*. En octubre de 1993 recibe el Premio Europa de Periodismo auspiciado por la Comisión Europea y el Parlamento Europeo, en atención a su cobertura informativa de la guerra en los Balcanes.

están contadas las que puedan producirse Mostar o Maglaj, pero también en cualquier pueblo o ciudad de Georgia o Azerbaián.

La «fatiga de compasión» de que hablan las organizaciones humanitarias para explicar la caída en las donaciones para las víctimas de la guerra es efecto de varios factores. Está la lógica desesperanza ante la falta de perspectivas de solución y también la nueva introspección de las democracias occidentales ante sus propios problemas en continuo aumento. Pero también el puro aburrimiento ante algo que ya no es nuevo, que ya sabemos y que no queremos que se nos sirva continuamente a la hora de la comida por telediario. En televisión, preferimos muertos de ficción. La oferta se ha adaptado a la demanda. Cada vez son menos los equipos de televisión en la zona de guerra, menos los enviados especiales y menores el tiempo y el espacio que se brinda a esta guerra en medios audiovisuales y escritos.

Hay quienes ya hablan de que aquella guerra, que durante sus primeros meses o un año nos aterrorizó a todos tiende a convertirse en una guerra olvidada como tantas otras que, en Angola, Camboya o Afganistán siguen su curso sin que casi nadie en la Europa desarrollada sea siquiera consciente de su existencia.

Yo no comparto este pronóstico. Me atrevo a decir que por desgracia. No precisamente porque crea que, pasada la hora de los reportajes con mucho «color» como decimos los periodistas, agotadas las encuestas de opinión micrófono en mano entre víctimas y verdugos en Bosnia, vayan a cobrar más relieve las informaciones que nos den un cuadro más general de la guerra, sus protagonistas y sus consecuencias. La mayor parte de la información sobre algo tan complejo como son los Balcanes, seguirá girando en torno de la anécdota más o menos trágica y significativa.

Yo estoy convencido de que esta guerra no acabará en conflicto de baja intensidad, merecedora del olvido. Ante todo porque los destinatarios de la información que allí surge, las sociedades europeas, van a tener tiempo y razones para comprender hasta qué punto llegarán a afectarles esta guerra y, sobre todo, la actitud de sus propios gobiernos y los organismos internacionales en relación a ésta.

Bismarck decía que todos los Balcanes no valen los huesos de un solo coracero o granadero prusiano. Años más tarde, el día de San Vito de 1914, estallaba en Sarajevo una guerra que acabaría con la rendición incondicional de Alemania en los mismos salones de Versalles donde Bismarck había proclamado la unidad alemana en 1871.

Ceguera o complicidad

Es aquí donde entro en el núcleo de esta intervención, mi opinión. Creo que Occidente pagará cara —ya está pagando en parte— la ignorancia, la ceguera ante los peligros emergentes y la complicidad de algunos con el más fuerte aunque éste sea enemigo declarado de los principios occidentales, esa pobrísima versión de «realpolitik» que concluye en humillación como la historia demuestra.

Estas ideas que presento forman mi opinión personal, pero no aislada ni mucho menos original. La comparten muchos de aquellos colegas míos que, como yo, llevaban años viajando a Yugoslavia y los Balcanes en general cuando estalló la guerra. La comparten intelectuales serbios como Milos Vasic, croatas como Predrag Matvejevic y musulmanes como Zlatko Dizdarevic. La comparten Margaret Thatcher, analistas norteamericanos como George Kenney y sus tres colegas, dimisionarios con él en el Departamento de Estado en protesta por la política occidental en los Balcanes, así como la inmensa mayoría de quienes concedores de la zona, víctimas directas o no, creen en el principio de la pluralidad étnica y multiculturalidad como fundamento de la sociedad abierta y civilizada.

Sería tremendamente injusto sugerir que aquellos que no han seguido la línea de actuación que aquí se defiende sean cómplices de quienes hicieron del odio ultranacionalista y mitológico primero, y de la guerra y el crimen sistemático después, sus instrumentos de supervivencia política, expansión territorial y enriquecimiento personal. Pero es difícil creer que una política tan malograda a la hora de defender principios y fines declarados pueda ser producto de mera falta de información, pereza mental o estulticia. Cabe sospechar que, al menos parte de los dirigentes occidentales, exponían ciertos objetivos sólo de cara a la opinión pública mientras después combatían todos los instrumentos que pudieran acercar o realizar estos fines.

La guerra en Yugoslavia no comenzó cuando «Alemania presionó a la Comunidad Europea al reconocimiento de Croacia y Eslovenia». Por mucho que esta teoría se haya hecho fuerte en las mentes de gran parte de los intelectuales, políticos y periodistas españoles no deja de ser una majadería. La guerra, y a esto me referiré más tarde, no tiene su origen en el reconocimiento de que Yugoslavia ya es imposible. Es dos años antes, en el comienzo del violento asalto por parte de la etnia mayoritaria, la serbia, a una posición hegemónica dentro de la federación que rompe el equilibrio de ésta. Con su ideología basada en la supre-

macía racial aplasta la autonomía de Kosovo y siente el precedente de sus ambiciones en todo el territorio yugoslavo. Allí muere Yugoslavia ante la indiferencia occidental que no entendió que la suerte de los albaneses de Kosovo sería la suerte de toda la convivencia en la Yugoslavia multiétnica.

El reconocimiento de Croacia llegó siete meses después del comienzo de la guerra —junio de 1991—, un mes después de que en la cumbre de Maastricht, Alemania dijera que ya no podía seguir justificando ante su opinión pública la ruptura del compromiso hecho en julio de 1991 en la isla de Brioni por toda la CE —y sin presión alguna de Alemania— que exigió la moratoria de tres meses a Croacia y Eslovenia y negociaciones para la retirada del ejército serbio-yugoslavo y otras cuestiones.

En los tres meses siguientes a Brioni el ejército serbio federal, que ya había armado a los grupos paramilitares serbios responsables de las mayores atrocidades causa miles de muertos, convierte la ciudad de Vukovar en una ruina, bombardea Dubrovnik y decenas de otras ciudades. Eslovenia y Croacia exigen cuando el 8 de octubre se cumplen los tres meses que la CE cumpla con el compromiso del reconocimiento que internacionalizaría la guerra y supondría —esperaban estas repúblicas— un freno a la hasta entonces impune ofensiva serbio federal contra objetivos civiles prácticamente desarmados.

Serbia amenaza con que el reconocimiento agravaría la guerra, lo cual sólo dependía de ella. La Comunidad Europea, Londres y París ante todo, asumen como propio el argumento de Belgrado, posponen continuamente el reconocimiento y otorgan así a Milosevic un veto de facto sobre las decisiones comunitarias.

Dos semanas después del reconocimiento de Croacia, Belgrado y Croacia firman el primer acuerdo de alto el fuego que se mantiene y pone fin a esta primera guerra serbo-croata de la era posttitoiista. Creo que habrá más. Pero en todo caso, el reconocimiento de Croacia puso fin a la guerra en su territorio.

Alemania, y todos los demás países con alguna influencia, se equivocaron al no imponer una solución global del conflicto en las muchas ocasiones en que esto fue posible. La agresividad serbia era evidente. Durante meses, Serbia mantuvo bloqueada la presidencia yugoslava tras liquidar por la fuerza las autonomías de Kosovo y Voivodina y derribar al gobierno de Montenegro. Serbia saqueó las arcas federales imprimiendo el dinero, aún común, sin permiso federal. Serbia impidió

que el representante croata, Stipe Mesic, asumiera la jefatura de la presidencia como le correspondía constitucionalmente.

Cuando Eslovenia y Croacia, la primera sometida ya por Serbia a un bloqueo económico, la segunda sufriendo los primeros asaltos armados provocados por milicias armadas por Belgrado, piden una confederación que les permita una seguridad frente a la ofensiva hegemónica serbia pero preservando una cierta unión comercial y política, Occidente se adhiere a la línea serbia. James Baker llega a Belgrado e insiste en una Yugoslavia unida, que ya por entonces era inviable. Semanas después, en junio de 1991, sin duda animados por estas palabras, entra en Eslovenia el ejército. En agosto de 1992, en la Conferencia de Londres, la Comunidad Internacional vuelve a dejarse engañar. Sería largo enumerar todo lo que allí se acordó para ser ignorado después. La reunión sólo sirvió para darles a Milosevic y sus caudillos de guerra la categoría de interlocutores válidos y el tiempo para imponer sobre el terreno las soluciones militares por ellos apetecidas.

¿Cuáles podían haber sido las soluciones globales? En 1989 quizá la ayuda a la oposición serbia y después la presión diplomática en defensa de los albaneses de Kosovo. Después, la amenaza a Serbia de un reconocimiento inmediato de todas las repúblicas, si no cesaba en su bloqueo a las instituciones yugoslavas. En primavera de 1991, en aquel estado de cosas, se debía haber aceptado, como mal menor, la confederación de repúblicas independientes, la Comunidad Internacional debería haber establecido en un paquete el reconocimiento de todas las repúblicas que lo desearan en sus fronteras oficiales existentes con una protección *in situ* de las minorías étnicas. Aquellas fronteras internas entre repúblicas yugoslavas no son mejores ni peores que otras como me ha dicho siempre Milovan Djilas, mano derecha de Tito y encargado por éste de establecerlas en 1946.

Esto quizá no hubiera evitado la guerra, ya que la defensa de la minoría serbia en Croacia y Bosnia ha sido sólo un pretexto para una guerra expansionista. Pero si hubiera evitado esa «neutralidad», esa equidistancia de la Comunidad Internacional hacia los contendientes cuyos efectos más nefastos están en el embargo de armas. Una parte armada hasta los dientes con capacidad para seguir la guerra a su actual intensidad durante quizá diez años frente a fuerzas policiales mal armadas y población civil inerme. Un levantamiento de armas en su día hubiera respondido al axioma que Occidente defendió como garantes de la seguridad europea durante cinco décadas: equilibrio armamentista equivale a disuasión para ambas partes.

En Croacia primero y Bosnia después se nos ha querido convencer de que la mejor forma de acabar con un conflicto es que una parte tenga aplastante superioridad sobre la otra. Como nadie podía creer esto en serio, conocida la naturaleza del régimen de Belgrado, sólo cabe concluir que al menos la parte más influyente o interesada de la Comunidad Internacional quiso que Serbia impusiera su orden en la región. Las relaciones de Londres y París con Serbia, aliados en dos guerras mundiales tienen al respecto tanto relieve como los renovados temores de estas dos capitales a una expansión de la influencia del «monstruo alemán» —Thatcher *dixit*—, en su tradicional zona de influencia que incluye a Croacia y Eslovenia.

Hoy, y no quiero extenderme mucho más, es ya tarde para evitar aquello que yo creo habría que haberse evitado a toda costa: el precedente de una campaña bélica victoriosa en nombre de una raza, la consiguiente conquista territorial y el acatamiento por parte de la Comunidad Internacional del derecho del agresor a su botín. Exactamente esto se ha hecho al asumir las tesis serbias —y croatas— de división étnica de Bosnia-Herzegovina. Por primera vez desde la caída del nazismo, Europa occidental que se defendió con éxito frente al comunismo, se doblega ante el nacional socialismo de Milosevic y su doctrina étnica como lo hizo en Munich en 1938 ante Hitler.

Milosevic ha tenido razón. Apostó porque Europa occidental no tendría decisión ni voluntad necesarias para defender sus principios. Hemos aceptado, y auspiciado a través de la mediación de David Owen, el principio de la segregación y la homogeneización étnica. Quienes crean que una vez calmados los apetitos serbios en Bosnia y Croacia los Balcanes se calmarán y sufrirán un grave desengaño. Un régimen que obtiene éxitos bélicos movido por estos principios reincide por la propia dinámica de esta ideología. En el terreno interno, la selección negativa de un régimen como éste, donde toda moderación es tachada de complicidad con el enemigo exterior, tiende irremisiblemente hacia el totalitarismo, hacia el fascismo.

Además, este primer éxito de una agresión militar en Europa será un buen ejemplo para todos aquellos Estados en Europa central y oriental, los Balcanes y el Cáucaso. Qué mejor manera de solucionar de una vez y por todas el problema, a veces secular, de las minorías, cuando éstas pueden ya ser expulsadas en «limpieza étnica» por métodos más o menos violentos y expeditivos. El método serbio —que fue el alemán en los sudestes— ya está siendo aplicado por los armenios. So pretexto de salvar a su minoría, han ocupado amplias zonas de Azer-

baían que limpian sistemáticamente de su población no armenia. Rusia ha utilizado minorías, como los abjasios en Georgia, para forzar a la sumisión a aquellas repúblicas habían abandonado la CEI. Hoy todas han pedido su reingreso ante la imposibilidad de hacer frente a la presión militar del ejército ruso. Con este ahora crecido tras haber salvado al presidente Yeltsin sus demandas al poder político en Moscú aumentarán. La exigida revisión del acuerdo de armas convencionales no es más que un ejemplo.

En Occidente, Yugoslavia ha provocado la mayor crisis en la OTAN de sus 45 años de historia. En la Comunidad, los celos entre Alemania, Francia e Inglaterra han aumentado tanto entre los gobiernos como entre las poblaciones. Como la ley de la fuerza ha sido aceptada como único criterio en los Balcanes, vuelven a surgir las alianzas bilaterales o trilaterales sustitutorias de una seguridad colectiva que se proclamó en París en 1990 pero en la que ya no cree hoy nadie. Las ententes de los años treinta vuelven a ser actuales. Turquía firma acuerdos con Albania. Grecia apoya abiertamente a Serbia por encima de su supuesta solidaridad comunitaria. Rumanía apoya a Serbia contra el supuesto revanchismo húngaro. Los musulmanes bosnios, la población más laica y de mayor vocación europeísta de los Balcanes se radicaliza ante su tragedia y el Estado islámico en Europa que ninguno de ellos quería surge como su último bastión de defensa ante el genocidio.

Pero la consecuencia más grave de toda esta crisis es la catástrofe política y moral que supone el hecho de que Europa ha aceptado por primera vez después de Auschwitz al fascismo como interlocutor válido. Lo ha sacado de la categoría de ideología criminal en que justamente había sido confinado y lo ha elevado a opción política e ideológica aceptable. Esto lo pagaremos caro también en nuestros propios territorios donde aún nos sentimos seguros. Ningún pueblo europeo es inmune a la mordida de esta serpiente que envenena las almas. El huevo ha sido incubado en Belgrado. Hoy ya tenemos los sótanos plagados de reptiles.

